

la necesidad de una enseñanza nueva? ¿No invoca de la preciosa inteligencia de los ministros de Instrucción pública la creación de cátedras de antropología, ciencia en la que estamos muy por debajo de Alemania? Los mitos modernos suelen comprenderse mucho menos que los mitos antiguos, á pesar de que estamos devorados por los mitos. Los mitos nos acosan por todas partes, sirven para todo y lo explican todo. Si son, según la escuela humanitaria, las lumbreras de la historia, salvarán á los imperios de toda revolución por poco que los profesores de historia hagan penetrar las explicaciones que dan hasta en las masas departamentales. Si la señorita Cormón hubiese sido instruída, si hubiese existido en el departamento del Orne un profesor de antropología, y si ella hubiese leído el Ariosto, ¿hubiesen tenido lugar nunca las espantosas desgracias de su vida conyugal? Tal vez habría indagado el por qué el poeta italiano nos presenta á Angélica aceptando á Medoro, que era un caballero de Valois rubio, y rechazando á Rolando, cuya yegua había muerto y que no sabía más que enfurecerse. ¿No sería Medoro la figura mítica de los cortesanos de la realeza femenina, y Rolando el mito de las revoluciones desordenadas, furiosas é impotentes, que lo destruyen todo sin producir nada? Descartándonos de toda responsabilidad, publicamos esta opinión de un discípulo del señor Ballanche.

No hemos tenido noticia alguna de las cabezas de negro con diamantes del caballero de Valois. Hoy podéis ver á la señora del Valnoble en la Ópera. Gracias á la primera educación que recibió del caballero de Valois, casi parece una mujer distinguida.

La señora Bousquier vive aún, lo cual quiere decir que sigue sufriendo. Al llegar á la edad de sesenta años, época en que las mujeres se permiten ciertas confidencias, le ha dicho en secreto á la señora Coudrai, cuyo marido fué reemplazado en su cargo en agosto de 1830, que no podía soportar la idea de morir soltera.

Paris, octubre de 1836.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

LAS RIVALIDADES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

EL GABINETE DE LOS ANTIGUOS

AL SEÑOR BARÓN DE HAMMER-PURGSTALL

Cónsejero aulico, autor de la Historia del Imperio otomano

Querido barón: Se ha interesado usted tan vivamente por mi larga y vasta historia de las costumbres francesas del siglo XIX y ha contribuido de tal modo á animarme en mi empresa, que ha adquirido derecho á unir su nombre á uno de los fragmentos que la constituirán. ¿No es usted uno de los representantes más graves de la concienzuda y estudiosa Alemania? ¿No ha de atraer su protección la protección de otras personas para mi empresa? Estoy tan orgulloso de haberla obtenido, que he procurado merecerla continuando mis trabajos con esa intrepidez que ha caracterizado á sus estudios y la investigación hecha por usted de todos los documentos sin los que el mundo literario no podría admirar el monumento que usted ha levantado. Su simpatía por labores que ha conocido y aplicado á los intereses de la sociedad oriental, ha sostenido frecuentemente mi ardor durante las horas sacrificadas al estudio de los detalles de nuestra sociedad moderna. ¿Verdad que le satisfará á usted esto, á usted, cuya sencilla bondad puede compararse á la de nuestro La Fontaine?

Querido barón, deseo que este testimonio de la veneración que siento por usted y por su obra, le coja en Döbling y le recuerde á usted y á los suyos á uno de sus más sinceros admiradores y amigos.

De BALZAC.

En una de las prefecturas menos importantes de Francia, en el centro de la villa y en la esquina de una calle, existe una casa; pero los nombres de esta calle y de esta villa deben permanecer ignorados, esperando que cada uno apreciará por su cuenta los motivos de esta prudente retención exigida por las conveniencias. ¡Cuántas llagas toca á veces un escritor al convertirse en analista de su tiempo!... La casa se llamaba el palacio de Esgrignon; pero haceos cuenta que Esgrignon fuese un nombre convenido, sin más realidad que los

nombres de los Belval, Floricour y Derville de la comedia, y los Adalbert ó Monbreuse de la novela. Además, los nombres de los principales personajes serán también cambiados, y el autor quisiera reunir contradicciones y amontonar anacronismos para ocultar aquí la verdad bajo un montón de inverosimilitudes y cosas absurdas; pero por más que él haga, la verdad despuntará siempre, como despunta una viña mal arrancada en medio de un viñedo laborado.

El palacio de Esgrignon era sencillamente la casa donde vivía un anciano hidalgo llamado Carlos María Víctor Angel Carol, marqués de Esgrignon ó de los Grignons, según títulos antiguos. La clase comerciante y acomodada de la villa había dado por burla el nombre de palacio á su casa, y hacía ya veinte años que la mayor parte de los habitantes había acabado por decir seriamente el palacio de Esgrignon para designar la morada del marqués.

El nombre de Carol (los hermanos Thierry lo hubiesen ortografiado Karawl) era el glorioso nombre de uno de los jefes más poderosos llegados antaño del Norte para conquistar y feudalizar á los galos. Los Carol no habían bajado nunca la cerviz ante los Comunes, ni ante la realeza, ni ante la Iglesia, ni ante la Hacienda. Encargados en remotos tiempos de defender un puñado de tierra francesa, su título de marqués era á la vez un deber y un honor, y no el simulacro de un supuesto cargo. El feudo de Esgrignon les había pertenecido siempre. Verdadera nobleza de provincias ignorada hacía doscientos años en la corte, pero pura de toda alianza, soberana en los Estados y respetada por las gentes del país como una superstición y al igual de una buena virgen que cura el dolor de muelas, esta casa se había conservado en el interior de la provincia como se conservan en el fondo de un río las carbonizadas ruinas de un puente de César. Durante mil trescientos años, las hijas de esta casa se habían casado regularmente por dote ó se habían hecho monjas, y los segundones habían aceptado constantemente sus legítimas maternas, habían llegado á ser obispos ó soldados, ó se habían casado en la corte. Un segundón de la casa Esgrignon fué almirante, duque y par y murió sin posteridad; pero el marqués de Esgrignon, jefe de la casa de este nombre, no quiso nunca aceptar el título de duque.

—Yo tengo el marquesado de Esgrignon en las mismas condiciones que tiene el rey el Estado de Francia—dijo este

noble al condestable de Luynes, que no era entonces á sus ojos más que un compañero insignificante.

Tened en cuenta que durante las asonadas hubo Esgrignon decapitados. La sangre franca se conservó noble y orgullosa hasta el año 1789. El marqués de Esgrignon actual no emigró: tenía que defender su feudo. El respeto que había inspirado á las gentes del campo preservó su cabeza del patíbulo; pero el odio de los verdaderos descamisados fué bastante grande para que lo considerasen como emigrado durante el tiempo que se vió obligado á esconderse. En nombre del pueblo soberano, el distrito deshonró la tierra de Esgrignon y los bosques fueron vendidos nacionalmente, á pesar de las reclamaciones personales del marqués, que contaba entonces cuarenta años. La señorita Esgrignon, su hermana, que era entonces menor de edad, salvó algunas porciones del feudo por mediación de un joven intendente de la familia, el cual pidió el reparto de la herencia en nombre de su cliente, logrando que la República le asignase el palacio y algunas quintas. El fiel Chesnel se vió obligado á comprar en su nombre, con el dinero que le entregó el marqués, aquellas partes de su dominio que más apreciaba su amo, tales como la iglesia, el presbiterio y los jardines del castillo.

Habiendo pasado los lentos y rápidos años del Terror, el marqués de Esgrignon, cuyo carácter había impuesto sentimientos respetuosos á toda la comarca, quiso volver á habitar su castillo con su hermana la señorita de Esgrignon, á fin de mejorar los bienes cuya salvación había sido operada por maese Chesnel, antiguo intendente suyo y notario á la sazón. Pero ¡ay de mí! el castillo, saqueado y desamueblado, ¿no era demasiado vasto y costoso para un propietario cuyos derechos útiles habían sido suprimidos, cuyos bosques habían sido despedazados y que por el momento no podía sacar más allá de nueve mil francos de las tierras conservadas de sus dominios?

Cuando el notario llevó á su antiguo amo en el mes de octubre de 1800 á su antiguo castillo feudal, no pudo menos de sentir profunda emoción al ver al marqués inmóvil en medio del patio, contemplando sus fosos rellenos y sus torres arrasadas al nivel de los tejados. El franco dirigió en silencio alternativamente sus miradas al cielo y al lugar que habían ocupado antes las bonitas veletas de las torres góticas, como para pedir cuenta á Dios de aquel desbarajuste

social. Chesnel era el único que podía comprender al marqués, llamado entonces el ciudadano Carol. Este gran Esgrignon permaneció silencioso durante algún tiempo, aspiró el perfume patrimonial del aire, lanzó melancólicas interjecciones, y, por fin, dijo:

—Chesnel, vendremos aquí más tarde, cuando los disturbios hayan cesado; pero mientras el edicto de pacificación no se dé, yo no podría vivir aquí, puesto que me prohíben restaurar mis armas y mi castillo.

Y dicho esto, el marqués se volvió, montó á caballo y acompañó á su hermana, que había ido con él en una calesa de junco perteneciente al notario. En la villa ya no existía el palacio de Esgrignon; la noble casa había sido demolida, y en su lugar se habían establecido dos manufacturas. Maese Chesnel empleó el último saco de luises del marqués en comprar en un rincón de la plaza una antigua casa con vellea, torre y palomar, donde había estado establecida antes la bailía señorial y que pertenecía al marqués de Esgrignon. Mediante quinientos luises, el comprador nacional devolvió este antiguo edificio á su legítimo propietario, y entonces fue cuando medio en broma, medio en serio, recibió aquella casa el nombre de *palacio de Esgrignon*.

En 1800, las radiaciones de los nombres inscritos en las fatales listas se obtenían con bastante facilidad, y, por lo tanto, hubo muchos emigrados que volvieron á Francia. Entre los primeros nobles que aparecieron en las villas, se encontraban el barón de Nouastre y su hija, que estaban arruinados. El señor de Esgrignon les ofreció generosamente un asilo, donde murió el barón dos meses después consumido por las penas. La señorita de Nouastre tenía veintidós años; los Nouastre eran de la más pura y noble sangre, y el marqués de Esgrignon se casó con ella para continuar su casa; pero la joven murió de parto á causa de la torpeza del médico, dejando, afortunadamente, un hijo á los Esgrignon. El pobre anciano, y decimos anciano aunque el marqués no tuviese más que cincuenta y tres años, porque la adversidad y los crueles dolores de su vida lo habían envejecido; el pobre anciano, pues, perdió la alegría de su juventud al ver expirar á la más hermosa de las criaturas, á aquella noble mujer que encarnaba las gracias imaginarias de las figuras femeninas del siglo xvi, y recibió uno de esos golpes terribles que se sienten luego en todos los momentos de la

vida. Después de haber permanecido algunos instantes de pie delante de la cama, besó la frente de su mujer, que estaba tendida con los brazos cruzados como una santa; sacó el reloj, lo paró y fué á suspenderlo de la chimenea. Eran las once de la mañana.

—Señorita Esgrignon, roguemos á Dios que esta hora no sea fatal para nuestra casa. Nuestro tío, el arzobispo, fué degollado á esta hora, y á esta hora murió también nuestro padre.

Y esto diciendo, se arrodilló al lado del lecho, apoyó en él la cabeza, y su hermana le imitó. Después de un momento, ambos se levantaron: la señorita Esgrignon derramando copiosas lágrimas, y el anciano marqués contemplando el cuarto, al niño y á la muerta con mirada serena, pues á su testarudez de franco, este hombre unía una intrepidez cristiana.

Esto ocurría el año segundo del siglo actual. La señorita Esgrignon era muy hermosa y tenía veintisiete años, y un advenedizo proveedor de los ejércitos de la República, nacido en el país y con más de mil escudos de renta, después de haber vencido la resistencia de Chesnel, logró que éste hablase de matrimonio en su favor con la señorita de Esgrignon. El hermano y la hermana se irritaron grandemente ante semejante atrevimiento, y Chesnel se arrepintió en gran manera de haberse dejado seducir por el señor de Croisier, porque desde el día que tal hizo, dejó de ver en los modales y en las palabras del marqués de Esgrignon aquella cariñosa benevolencia que podía pasar por amistad. En lo sucesivo, el marqués le dió únicamente pruebas de agradecimiento, y este agradecimiento noble y verdadero causaba perpetuos dolores al notario, pues existen corazones sublimes que juzgan la gratitud como un precio enorme y prefieren la grata igualdad que procuran la armonía de los sentimientos y la fusión voluntaria de las almas. Maese Chesnel había gustado el placer de aquella honrosa amistad, y el marqués lo había elevado hasta él, siendo este buen hombre para aquel anciano algo menos que un hijo y algo más que un servidor, algo así como el siervo unido por todos los lazos del corazón á su soberano. A los ojos del marqués, el carácter oficial que el notariado confería á Chesnel no significaba nada y creía á su servidor disfrazado de notario. A los ojos de Chesnel el marqués era un ser que seguía perteneciendo á

una raza divina, toda vez que el notario creía en la nobleza y recordaba sin rubor que su padre abría las puertas del salón y decía: «El señor marqués está servido». Su adhesión á la noble casa arruinada no procedía de una fe, sino de un egoísmo, por considerarse como parte de la familia. Su pena fué, pues, profunda, y cuando se atrevió á hablar al marqués de su error, este anciano noble le dijo con tono grave:

—Chesnel, seguramente que no te hubieras permitido tan injuriosa hipótesis antes de la Revolución. ¿Qué tienen, pues, las doctrinas nuevas para haberte pervertido de ese modo?

Maese Chesnel tenía la confianza de toda la villa, era muy considerado en ella, su gran probidad y su fortuna contribuían á darle importancia, y sintió desde entonces una aversión decidida por el señor Croisier. Aunque el notario fuese poco rencoroso, hizo sentir su repugnancia á gran número de familias, y Croisier, hombre vengativo y capaz de abrigar un odio durante veinte años, concibió por el notario y por la familia Esgrignon una de esas aversiones sordas y capitales como se ven solamente en provincias. Aquella negativa le perjudicaba grandemente á los ojos de los maliciosos provincianos, á quienes quería dominar, y equivalió á una catástrofe tan real, que sus efectos no tardaron en dejarse sentir. Croisier fué rechazado igualmente por una solterona cuya mano solicitó como último recurso, y de esta suerte los planes ambiciosos que él había formado en un principio fallaron la primera vez por la negativa de la señorita de Esgrignon, cuya alianza le hubiera dado entrada en el arrabal Saint-Germain de la provincia, y la segunda vez, con la segunda negativa, que le hizo perder la consideración hasta el punto de lograr mantenerse muy difícilmente entre la clase media.

En 1805, el señor de la Roche-Guyon, primogénito de una de las familias más antiguas del país, que había estado emparentado antaño con los Esgrignon, hizo que maese Chesnel solicitase para él la mano de la noble joven; pero María Armanda Clara de Esgrignon se negó á oír al notario, diciéndole mientras acababa de acostar á su sobrino, hermoso niño de cinco años:

—Mi querido Chesnel, debería usted haber adivinado que soy madre.

El anciano marqués se levantó para ir al encuentro de su

hermana, que estaba junto á la cuna, le besó respetuosamente la mano y después, volviendo á sentarse, tomó la palabra para decirle:

—¡Hermana mía, es usted una verdadera Esgrignon!

La noble joven sintió un estremecimiento y lloró, y este llanto procedía de que, en su ancianidad, el señor de Esgrignon, padre del marqués, se había casado con la nieta de un tratante ennoblecido por Luis XIV, y este matrimonio fué considerado como un mal enlace para la familia, aunque no tuvo importancia, porque sólo dió por fruto una muchacha. Armanda sabía esto, y aunque su hermano se hubiese mostrado siempre bueno con ella, seguía considerándola como una extraña, y aquellas palabras la legitimaban. Pero, ¿no coronaba también admirablemente esta respuesta la noble conducta que ella había observado desde hacia once años, cuando, á partir de su mayoría de edad, mostró siempre en todos sus actos le abnegación más pura por su casa? María, que sentía una especie de culto por su hermano, le contestó sencillamente al notario:

—Moriré siendo la señorita de Esgrignon.

—Nunca podrá usted ostentar un título más hermoso—le respondió Chesnel creyendo hacerle un cumplido.

La pobre joven se ruborizó.

—Has dicho una tontería, Chesnel—replicó el anciano marqués halagado á la vez por las palabras de su antiguo servidor y apenado por la desazón que causaban á su hermana.—Una Esgrignon puede casarse con un Montmorency: nuestra sangre no está tan mezclada como la suya. Los Esgrignon *llevan oro con dos bandas de gules*, y en novecientos años nada ha cambiado su escudo, el cual está como el primer día. De aquí nuestra divisa *cil est nostre*, que fué tomada en el torneo de Felipe Augusto, lo mismo que el caballero armado de oro á la derecha y el león de gules á la izquierda.

«No me acuerdo de haber encontrado nunca ninguna mujer que me haya impresionado tanto como la señorita Esgrignon—dice Blondet, el cual ha dotado á la literatura contemporánea con esta historia, además de otras cosas.—Cierto que yo era muy joven, casi un niño, y que tal vez las imágenes que ella dejó en mi memoria deban la veracidad de sus colores á la disposición que nos inclina en esa edad á

hacer las cosas maravillosas. Cuando la veía de lejos viniendo de hacia el Cours, donde jugaba yo con otros niños y cuando ella traía á Victoriano, su sobrino, yo sentía una emoción que se parecía un tanto á las sensaciones que produce el galvanismo en los seres muertos, y no obstante mis pocos años me parecía estar dotado de una nueva vida. La señorita Armanda tenía cabellos rubios, sus mejillas estaban cubiertas de un vello muy fino, de color plateado, que yo me complacía en mirar poniéndome de manera que la luz diese de lleno en el perfil de su cara. Recuerdo que me dejaba llevar de las fascinaciones de aquellos ojos de esmeralda que soñaban y que me impresionaban agradablemente cuando se fijaban en mí. Muchas veces fingía que rodaba sobre la yerba delante de ella jugando, á fin de poder acercarme á sus diminutos pies para admirarlos más de cerca. La suave blancura de su tez, la finura de sus facciones, la pureza de las líneas de su frente y la elegancia de su esbelto talle me sorprendieron, sin que yo pudiese echar de ver el óvalo perfecto de su cara, la belleza de su frente y la elegancia de su talle. La admiraba como se admira á aquella edad, sin saber por qué. Cuando mis penetrantes miradas atraían por fin las suyas y ella me preguntaba con su voz melodiosa: «¿Qué haces ahí, pequeño? ¿por qué me miras?», yo me encaminaba hacia ella, me mordía los dedos, me ruborizaba y le decía: «No lo sé». Si por casualidad me pasaba ella su blanca mano por los cabellos y me preguntaba la edad que tenía, yo me marchaba corriendo y le respondía de lejos: «Once años». Cuando al leer *Las mil y una noches* veía aparecer un hada ó una reina, yo les atribuía las facciones y el paso de la señorita de Esgrignon. Cuando mi maestro de dibujo me hizo copiar cabezas antiguas, observé que éstas cabezas estaban peinadas como la de la señorita de Esgrignon. Más tarde, cuando estas locas ideas desaparecieron una á una, la señorita Armanda, que era respetada por los hombres en el Cours y contemplada por ellos hasta perderla de vista, permaneció vagamente en mi memoria como un tipo. Sus exquisitas formas, cuya redondez era revelada á veces por una ráfaga de viento y adivinada por mí, no obstante el espesor de sus ropas, sus formas, repito, se me representaron muchas veces durante mis sueños de joven. Más tarde, cuando pensaba gravemente en algunos misterios del pensamiento humano, creí recordar que mi respeto provenía de los sentimientos

expresados en la casa y en la actitud de la señorita de Esgrignon. La admirable calma de aquella cabeza interiormente ardiente, la dignidad de los movimientos y la santidad de los deberes cumplidos, me imponía y me conmovía. Los niños penetran más de lo que se cree los invisibles efectos de las ideas: no se burlan nunca de una persona verdaderamente imponente; la verdadera gracia les conmueve y la belleza les atrae porque ellos son hermosos, y siempre existen lazos misteriosos entre las cosas de la misma naturaleza. La señorita de Esgrignon fué una de mis religiones; mi loca imaginación no ve nunca hoy un castillo sin recordar á la señorita Armanda como el genio del feudalismo, y cuando leo crónicas antiguas ella se aparece á mis ojos bajo las facciones de las mujeres célebres y es sucesivamente Inés, María Touchet, Gabriela, y le atribuyo todo el amor perdido en su corazón, amor que ella no expresó nunca. Esta celestial figura, entre vista á través de las borrosas ilusiones de la infancia, se me aparece ahora en medio de mis sueños.»

¡Acordaos de este retrato, que es exacto lo mismo en la parte física que en la moral! La señorita de Esgrignon es una de las figuras más instructivas de esta historia, y por ella podéis saber que las virtudes más puras pueden ser dañosas cuando no son comprendidas.

Durante los años 1804 y 1805, las dos terceras partes de las familias emigradas volvieron á Francia, y casi todas las de la provincia donde vivía el señor de Esgrignon ocuparon de nuevo el solar paterno. Pero hubo algunas deserciones. Varios nobles entraron al servicio del ejército de Napoleón ó de la corte, y otros se aliaron con ciertos advenedizos. Todos los que aceptaron el movimiento imperial recobraron sus fortunas y muchos de ellos permanecieron en París; pero hubo ocho ó nueve familias nobles que permanecieron fieles á la nobleza proscrita y á sus ideas acerca de la monarquía destronada: los Roche-Guyon, los Noaustre, los Verneuil, los Casterán, los Troisville, etc., estos pobres, aquellos ricos; pero la mayor ó menor cantidad de dinero no se contaba y la cuestión estribaba en la antigüedad y en la conservación de la raza, al igual que para un anticuario vale poco el peso de una medalla si se compara con la pureza de las letras y de la cabeza, y la antigüedad del cuño. Estas familias tomaron por jefe al marqués de Esgrignon y su casa por cenácu-

lo; allí el emperador y rey no fué jamás el señor Bonaparte: allí el soberano era Luis XVIII, y allí el departamento fué siempre una provincia y la prefectura una intendencia. La admirable conducta del hidalgo, su lealtad y la intrepidez del marqués de Esgrignon le valieron sinceros homenajes, al igual que le valieron un respeto universal en la villa sus desgracias, su constancia y su inalterable adhesión á sus opiniones. Aquella admirable ruina gozaba de toda la majestad de las grandes cosas destruidas, y su caballescía delicadeza era tan bien conocida de todos, que en muchas circunstancias hubo pleitistas que lo tomaron por único árbitro. Todas las gentes bien educadas que apoyaban el sistema imperial y hasta las autoridades, respetaban sus preocupaciones y su persona; pero una gran parte de la sociedad nueva, las gentes que bajo la Restauración habían de llamarse liberales, á cuya cabeza estaba secretamente Bousquier, se burlaban del oasis aristocrático donde á nadie era dado entrar sin ser noble é irreprochable. La animosidad fué tanto mayor, cuanto que muchas gentes honradas, dignos plebeyos y algunos altos empleados del gobierno se obstinaban en considerar el salón del marqués de Esgrignon como el único donde se reunía la buena sociedad. El prefecto, chambelán del emperador, daba pasos para ser recibido en él, y enviaba humildemente á su mujer, que era una Grandlieu. Los excluidos, llevados de su odio por aquel pequeño arrabal Saint-Germain de provincias, habían dado el apodo de *Gabinete de los antiguos* al salón del marqués de Esgrignon, al cual llamaban el señor Carol y al que el recaudador de contribuciones denominaba siempre en los recibos de los *Grignons*, constituyendo esta antigua manera de escribir su nombre una terquedad, toda vez que la ortografía de Esgrignon había prevalecido.

«Por mi parte—decía Emilio Blondet,—confieso que cuando quiero repasar los recuerdos de la infancia, la palabra *Gabinete de los Antiguos* me hace siempre reír, no obstante el amor y el respeto que sentía por la señorita Armanda. El palacio de Esgrignon daba á las dos calles en cuyo ángulo estaba situado; de suerte que el salón tenía dos ventanas que daban á la una y otras dos que daban á la otra de las dos calles, que eran las de más tránsito de la villa. La plaza del mercado se encontraba á quinientos

pasos del palacio, y aquel salón era entonces como una jaula de cristal que nadie dejaba de contemplar al ir y al venir por la villa. A mí, que era un niño de doce años, aquella pieza me pareció siempre una de esas curiosidades raras que se encuentran situadas más tarde, cuando uno piensa en ellas. entre los límites de lo real y de lo fantástico, sin que se sepa si están más bien dentro del uno que del otro. Aquel salón, que había sido en otro tiempo sala de audiencia, se elevaba sobre un sotabanco con tragaluces enrejados donde yacían antes los criminales de la provincia y donde se cocinaba ahora la comida del marqués. Yo no sé si la magnífica y elevada chimenea del Louvre tan maravillosamente esculpida me ha causado nunca tanto asombro como el que me produjo la primera vez la inmensa chimenea de aquel salón, en la cual se veía un gran retrato ecuestre de Enrique III en relieve y con un festón dorado. El techo estaba formado por vigas de castaño que dibujaban cuadros adornados interiormente de arabescos. Aquel magnífico techo había sido dorado en sus aristas, pero apenas se veía ya el oro. Las paredes tendidas con tapices flamencos, representaban el juicio de Salomón en seis cuadros con marcos de tirsos dorados, representando amores y sátiros. El marqués había hecho entarimar aquel salón. En los despojos de los castillos que se vendieron por los años de 1793 á 1795, el notario se había procurado consolas estilo Luis XIV, una sillería tapizada, mesas, carteles y girándolas, que completaban maravillosamente aquel grandísimo salón, que estaba en desproporción con toda la casa, pero que, afortunadamente, tenía una antesala de la misma altura del techo que estaba en comunicación con la antigua cámara de las deliberaciones, convertida entonces en comedor. Entre aquellos viejos despojos, oropeles de un tiempo que no existía ya, se veían en primera línea á ocho ó diez viudas nobles, las unas con la cabeza vacilante, las otras disecadas y negras como momias, aquéllas rígidas, éstas inclinadas, y todas ellas vestidas con trajes más ó menos fantásticos en oposición con la moda y ostentando sus cabezas empolvadas con cabellos rizados y gorros de encaje. Los retratos más bufos ó más serios no han alcanzado nunca la poesía divagante de aquellas mujeres, que se aparecen en mi imaginación y en medio de mi recuerdos tan pronto como encuentro á alguna anciana dama cuya cara ó vestido

me recuerdan algunas de sus facciones. Pero sea que la desgracia me haya iniciado en los secretos de los infortunios ó ya porque haya comprendido yo todos los sentimientos humanos, sobre todo las penas y la ancianidad, es lo cierto que no he podido encontrar nunca en ninguna parte, ni entre los moribundos ni entre los vivos, la palidez de ciertos ojos grises y la espantosa vivacidad de algunos ojos negros. En una palabra, que ni Maturin ni Hoffmann, que son las dos imaginaciones más siniestras de este tiempo, me han causado el asombro que me causaron los movimientos automáticos de aquellos ajustados cuerpos. El colorete de los actores no me ha sorprendido nunca, porque yo había visto allí colorete inveterado, el colorete de nacimiento, como decía uno de mis compañeros que resultaba tan travieso como yo. Se agitaban allí caras achatadas, pero surcadas por enormes arrugas, y á través de los cristales veía allí cuerpos jorobados, miembros mal colocados, mandíbulas cuadradas, huesos exorbitantes y caderas exageradas. Cuando aquellas mujeres iban y venían, me parecían por lo menos tan extraordinarias como cuando guardaban su inmovilidad mortuoria jugando á las cartas. Los hombres de aquel salón ofrecían los colores grises ajados de los tapices antiguos, y su vida parecía padecer de indecisión; pero sus trajes se parecían mucho á los trajes que estaban entonces de moda, y sólo sus cabellos blancos, sus rostros ajados, su tez de cera, sus frentes arrugadas y la palidez de sus ojos contribuía á darles cierta semejanza con las mujeres, semejanza que destruía la realidad de su traje. La seguridad de encontrar á aquellos personajes sentados invariablemente á las mismas horas acababa de comunicarles á mis ojos un no sé qué de teatral, de pomposo y de sobrenatural. Desde entonces, no he entrado nunca en ninguno de esos museos de antigüedades célebres en París, en Londres, en Viena ó en Munich, sin que los poblase con las figuras del Gabinete de los Antiguos. Muchas veces nos proponíamos como una jira de placer todos nosotros, que éramos muchachos de ocho á diez años, el ir á ver aquellas rarezas dentro de su jaula de cristal; pero tan pronto como yo veía á la dulce señorita Armanda, temblaba, y después admiraba con un sentimiento de envidia á aquel delicioso niño, á Victoriano, cuya naturaleza nos parecía á todos superior á la nuestra. Aquella joven y fresca dama, en

medio de aquel cementerio resucitado antes de tiempo, nos causaba no sé qué extraña sensación, y sin darnos exacta cuenta de nuestras ideas, nos sentíamos plebeyos y pequeños ante aquella orgullosa corte.»

Las catástrofes de 1813 y de 1814, que abatieron á Napoleón, devolvieron la vida á los concurrentes al Gabinete de los Antiguos, y, sobre todo, les hicieron abrigar la esperanza de poder recobrar su antigua importancia; pero los acontecimientos de 1815, las desgracias de la invasión extranjera y las oscilaciones de gobierno aplazaron hasta la caída del señor Decazes los deseos de aquellos personajes tan bien descritos por Blondet, y por lo tanto, esta historia no tuvo consistencia hasta el año 1822.

En 1822, sin embargo de los beneficios que la Restauración procuró á los emigrados, la fortuna del marqués de Esgrignon no había aumentado, y de todos los nobles víctimas de las leyes revolucionarias, ninguno fué más maltratado. Antes de 1789, la mayor parte de sus rentas consistía en derechos dominiales resultantes, como en todas las grandes familias, de la dependencia de sus feudos que los señores se esforzaban en detallar á fin de aumentar el producto de sus *alodios* y ventas. Las familias que se encontraron en este caso quedaron arruinadas sin ninguna esperanza de salvación, pues el decreto de Luis XVIII restituyendo los bienes no vendidos á los emigrados no podía favorecerles, y la ley acerca de las indemnizaciones tampoco podía indemnizarles. Todo el mundo sabe que los derechos suprimidos fueron restablecidos en provecho del Estado bajo el propio nombre de *Dominios*. El marqués pertenecía necesariamente á aquella fracción del partido realista que no quiso transigir nunca con aquellos á quienes llamaban no ya revolucionarios, sino revolucionados y que en el Parlamento recibían el nombre de *liberales* ó *constitucionales*. Estos realistas, apodados *ultras* por la oposición, tuvieron por jefes y por héroes á los valerosos oradores de la derecha, los cuales, desde la primera sesión real intentaron protestar, como el señor de Polignac, contra la carta de Luis XVIII, considerándola como un mal edicto arrancado por la necesidad del momento. El marqués, lejos de asociarse á la renovación de costumbres que quiso operar Luis XVIII, permanecía tranquilo entre los puros de la derecha esperando la resti-

tución de su inmensa fortuna y no admitiendo siquiera con el pensamiento aquella indemnización que preocupó al ministro del señor de Villèle y que debía consolidar el trono extinguiendo la fatal distinción entre las propiedades, mantenido entonces no obstante las leyes. Los milagros de la Restauración de 1814, los de la vuelta de Napoleón en 1815, los prodigios de la nueva huida de la casa de Borbón y de su segunda vuelta y toda aquella fase casi fabulosa de la historia contemporánea sorprendió al marqués cuando tenía sesenta y siete años. A esta edad los caracteres más altivos de nuestra época, más gastados que abatidos por los acontecimientos de la Revolución y del Imperio, habían trocado su actividad en ideas apasionadas é inquebrantables, y casi todos se habían parapetado en la enervante y grata costumbre de la vida que se hace en provincias. ¿No es la mayor desgracia que puede afligir á un partido el verse representado por ancianos, cuando las ideas de estos son tachadas de antigüedad? Por otra parte, cuando el trono legítimo apareció sólidamente sentado en 1818, el marqués se preguntó qué era lo que un septuagenario podía ir á hacer en la corte, y qué cargo ó qué empleo podía desempeñar en ella. El noble y orgulloso Esgrignon se contentó pues, y tuvo que contentarse, con el triunfo de la monarquía y la religión, esperando los resultados de aquella victoria inesperada y disputada, que fué sensiblemente un armisticio, y continuó reinando en su salón tan justamente llamado Gabinete de los Antiguos. Bajo la Restauración, este burlesco apodo fué dicho aun con más burla cuando los vencidos de 1793 pasaron á ser los vencedores.

Aquella villa no se vió entonces menos preservada que otras muchas villas de los odios y rivalidades engendradas por el espíritu de partido. Contra lo que todo el mundo creía, Croisier se había casado con la rica solterona que le había rechazado en un principio, á pesar de haber tenido por rival al niño mimado de la aristocracia de la villa, á un cierto caballero cuyo ilustre nombre quedará suficientemente oculto designándole únicamente por su título, como solía hacerse antes en la villa, pues él era en ésta el CABALLERO, como era el SEÑOR el conde de Artois en la corte. Este matrimonio no sólo había engendrado una de esas guerras feroces que sólo se ven en provincias, sino que había acelerado además aquella separación entre la alta y la pequeña

aristocracia, entre los elementos burgueses y los nobles, unidos por un momento bajo la presión de la gran autoridad napoleónica, división súbita que tanto daño hizo á nuestro país. La vanidad es lo más nacional que hay en Francia. La masa de las vanidades heridas dió aquí sed de igualdad, y más tarde los más ardientes innovadores encontraron la igualdad imposible. Los realistas picaron á los liberales en los puntos más sensibles de su corazón, y en provincias sobre todo, los dos partidos se atribuyeron recíprocamente horrores y se calumniaron vergonzosamente. Por aquella época se cometieron en provincias las acciones más negras para atraerse la opinión pública y para captarse los votos de ese público imbécil que presta su brazo á gentes que tienen habilidad bastante para armarlos. Aquellos individuos que se odiaban como enemigos políticos no tardaron en ser enemigos particulares, siendo muy explicable esto, sobre todo en provincias, donde es difícil que no se tomen como personales ciertas cuestiones é intereses que en la capital aparecen bajo sus formas generales teóricas, engrandeciéndose suficientemente á los campeones para que el señor Lafitte, por ejemplo, ó Casimiro Perier respeten al hombre en el señor de Villèle ó en el señor de Peyronet. El señor Lafitte, que hizo disparar contra los ministros, los hubiera ocultado en su palacio si se hubieran cobijado en él el 29 de julio de 1830. Benjamín Constant envió su obra acerca de la religión al vizconde de Chateaubriand acompañándola de una halagüeña carta donde confiesa que ha recibido algún favor del ministro de Luis XVIII. En París, los hombres son sistemas, y en provincias los sistemas se convierten en hombres, pero en hombres llenos de pasiones, siempre alerta, espíandose, calumniándose, observándose como dos contrincentes dispuestos á hundirse seis pulgadas de acero en el corazón al menor descuido y ocupándose constantemente de su odio, como se ocupa el jugador del juego. Los epigramas y las injurias van dirigidas al hombre bajo pretexto de atacar al partido. En esta guerra, hecha cortésmente y sin hiel al Gabinete de los Antiguos, pero llevada en el palacio de Croisier hasta el punto de emplear las armas en reñenadas de los salvajes, la burla fina y el ingenio estaban de parte de los nobles. ¡No lo olvidéis! De todas las heridas, las más incurables son las que hacen la lengua y la mirada, la burla y el desprecio. Desde el momento en que el

Caballero se parapetó en el monte sagrado de la aristocracia abandonando los salones mixtos, todas sus burlas fueron para el salón Croisier, atizando así el fuego de la guerra sin saber hasta donde podía llegar el espíritu de venganza del salón Croisier contra el Gabinete de los Antiguos. En el palacio de Esgrignon no entraban más que los puros hidalgos nobles y mujeres que estaban seguras unas de otras y que no cometían ninguna indiscreción. Las palabras, las ideas buenas ó malas, verdaderas ó falsas, hermasas ó ridículas, no daban nunca lugar á la chanza. Los liberales tenían que echar mano de las acciones políticas para ridiculizar á los nobles, mientras que los intermediarios y los altos empleados del gobierno relataban hechos y dichos del campo liberal que daban lugar á la risa, y esta inferioridad, sentida vivamente por los partidarios de Croisier, redoblabá sus deseos de venganza. En 1822, Croisier dirigió la industria del departamento, como el marqués de Esgrignon acaudillaba á la nobleza. Uno y otro representaban pues, sendos partidos. En lugar de declararse francamente hombre puro de la izquierda, Croisier había adoptado ostensiblemente las opiniones que formularon los 221, y de esta suerte podía reunir en su casa á la magistratura, á la administración y á la hacienda del departamento. El salón de Croisier, potencia igual por lo menos á la del Gabinete de los Antiguos, pero más numerosa, más joven y más activa, removía el departamento; mientras que la otra permanecía tranquila y como anexa al poder cuyas faltas favorecía y exigió á veces, no obstante ser fatales para la monarquía. Los liberales que no habían podido elegir nunca ningún candidato suyo en aquel departamento rebelde á sus órdenes, sabían que después de ser nombrado Croisier se sentaría en el centro de la izquierda, lo más cerca posible de la izquierda pura. Los corresponsales de Croisier eran los barones Kellner, el mayor de los cuales brillaba entre los diez y nueve de la izquierda, falange ilustrada por todos los periódicos liberales y que tenía por aliado al conde de Gondreville, par constitucional que gozaba del favor de Luis XVIII. De esta suerte, la oposición constitucional estaba siempre dispuesta á conceder en último caso sus votos á un candidato postizo, á Croisier, siempre que ganase los bastantes votos para obtener la mayoría. Cada elección en que los realistas rechazaban á Croisier, candidato cuya conducta

admirablemente adivinada, analizada y juzgada por las emi-nencias realistas partidarias del marqués de Esgrignon, contribuyó á aumentar el odio del hombre y de su partido. Lo que más enciende el odio de dos bandos es la inutilidad de un lazo penosa y astutamente tendido.

En 1822, las hostilidades, muy vivas durante los cuatro primeros años de la Restauración, parecían amortiguadas. El salón de Croisier y el Gabinete de los Antiguos, después de haber reconocido sus propios flacos y fuertes, esperaban sin duda los efectos de la casualidad, que es la Providencia de los partidos. Las inteligencias ordinarias se contentaban con aquella calma aparente que engañaba al trono; pero los que estaban más íntimamente ligados con Croisier, sabían que en él, al igual que todos los hombres cuya vida no reside en la cabeza, la pasión de la venganza era implacable, sobre todo estando apoyada en la ambición política. En este momento Croisier, que palidecía ó enrojecía antes al oír el nombre de los Esgrignon ó del Caballero y que temblaba al pronunciar las palabras Gabinete de los Antiguos, afectaba la gravedad del salvaje, sonreía á sus enemigos, odiados y observados cada vez más profundamente y parecía decidido á vivir tranquilamente como si hubiese desesperado de alcanzar la victoria. Uno de los que secundaban los cálculos de esta fría rabia, era el presidente de la audiencia, el señor Roncetet, hidalgo de medio pelo que había pretendido el honor de formar parte del Gabinete de los Antiguos, sin haber podido lograrlo.

La fortunita de los Esgrignon, cuidadosamente administrada por el notario Chesnel, bastaba apenas para el sostenimiento de aquel digno hidalgo que vivía noblemente, pero sin el menor lujo. Aunque el preceptor del conde Victoriano de Esgrignon, esperanza de la casa, fuese un antiguo Oratoriano procurado por el obispo y aunque viviese en el palacio, cobraba algunos honorarios, y esto, unido á los salarios de una cocinera, de una camarera para la señorita Armanda, de un antiguo ayuda de cámara del marqués y de dos criados más, y á los gastos de manutención de la familia y educación del noble vástago, absorbían por completo las rentas, no obstante la economía de la señorita Armanda, la sabia administración de Chesnel y el cariño de los criados. El anciano notario no podía hacer aún ninguna reparación en el castillo devastado, y esperaba el final de los arriendos para ver si

lograba un aumento de rentas, debido ora á los nuevos métodos de agricultura, ora á la baja de los valores monetarios. El marqués no estaba iniciado en los detalles ni en la administración de sus bienes, y la revelación de las excesivas precauciones empleadas para unir *los dos extremos del año*, como dicen las amas de casa, le hubiese hecho el efecto de un rayo. Al ver que no tardaría en llegar el término de su carrera, todo el mundo temía disipar sus errores. La grandeza de la casa de Esgrignon, en la que nadie pensaba y la cual era completamente desconocida fuera del departamento, reaparecía á los ojos del marqués y de sus partidarios en todo su brillo. La casa de Esgrignon iba á adquirir un nuevo grado de esplendor en la persona de Victoriano en el momento en que los nobles expulsados entrasen en posesión de sus bienes y cuando este hermoso heredero pudiese aparecer en la corte para entrar al servicio del rey ó para casarse, como hacían antaño los Esgrignon, con una Navarreins, una Cadiñán, una Uxelles, una Beauseant, una Blamont-Chauvry, en una palabra, con una muchacha que reuniese todas las distinciones de la belleza, de la nobleza, del talento, de la riqueza y del carácter. Las personas que iban á pasar la noche á su casa, como eran el Caballero, los Troisville, los La Roche-Guyon, los Casterán y el duque de Verneuil, acostumbrados hacia ya mucho tiempo á considerar al marqués como un inmenso personaje, le confirmaban en sus creencias, y esta creencia no tenía nada de engañosa y hubiera sido justa si se hubiesen podido borrar los cuarenta últimos años de la historia de Francia. Pero las consagraciones más respetables y más verdaderas del derecho no existen á no ser ratificadas por un consentimiento universal, y á los Esgrignon les faltaba el conocimiento de la política actual y el dinero, ese gran relieve de la aristocracia moderna, y les faltaba también la continuación de lo *histórico*, ó sea ese renombre que lo mismo se adquiere en la corte que en los campos de batalla, en la tribuna que en los salones de la diplomacia, con la ayuda de un libro que con motivo de una aventura, y que es como una ampolla santa derramada sobre la cabeza de cada nueva generación. Una familia noble, inactiva y olvidada, es como una muchacha tonta, fea, pobre y juiciosa, los cuatro puntos cardinales de la desgracia. El casamiento de una señorita de Troisville con el general Montcornet, lejos de instruir al Gabinete de los Antiguos,

estuvo á punto de causar una ruptura entre los Troisville y el salón de Esgrignon, el cual declaró que los Troisville se injuriaban.

De toda aquella gente, sólo había una persona que no participaba de sus ilusiones, y esta persona era el anciano notario Chesnel. Sin embargo de que su adhesión por aquella gran familia reducida á tres personas fuese absoluta, y aunque aceptase todas estas ideas y las considerase de buena ley, tenía demasiado buen sentido y conocía demasiado bien los negocios de la mayor parte de las familias del departamento para no seguir el inmenso movimiento de los espíritus y para no reconocer el gran cambio producido por la industria y por las costumbres modernas. El antiguo intendente veía que la Revolución había pasado de la acción devoradora de 1793 que había armado á los hombres, á las mujeres y á los niños, y que había erguido patibulos, cortado cabezas y ganado batallas europeas, á la acción tranquila de las ideas que consagraban los acontecimientos. Después de la rotura y de la siembra, venía la recolección. Para él, la Revolución había formado el espíritu de la generación nueva, veía sus hechos en el fondo de mil llagas y los encontraba irrevocablemente realizados. Aquel rey guillotinado, aquella reina en el suplicio, aquel reparto de los bienes de los nobles constituían á sus ojos compromisos que implicaban demasiados intereses para que los interesados permitiesen que nadie atacase los resultados. Chesnel veía claro. Su fanatismo por los Esgrignon era completo, sin ser ciego, y esto contribuía á hacerlo más hermoso. La fe, que hace ver á un joven monje á los ángeles del paraíso, es muy inferior al poder del monje anciano que se los enseña. El antiguo intendente se parecía al monje anciano: habría dado su vida por defender una reliquia carcomida, y cada vez que intentaba explicar con mil precauciones á su antiguo amo las *novedades* más notables empleando una forma burlesca ó afectando sorpresa y dolor, encontraba en los labios del marqués la sonrisa del profeta y en su alma la convicción de que aquellas locuras pasarían como todas las demás. Nadie ha observado lo mucho que han contribuído los acontecimientos á que aquellos nobles campeones de las ruinas persistiesen en sus creencias. ¿Qué podía responder Chesnel cuando el anciano marqués hacía un gesto imponente, y le decía: «¡Dios ha barrido á Bonaparte, á sus ejércitos y á sus grandes y nuevos vasallos,

sus tronos y sus vastas concepciones! ¡Dios nos librará del resto!» Chesnel bajaba tristemente la cabeza sin atreverse á decir: «¡Dios no querrá barrer á Francia!» ¡En vano se esforzaban ambos por convencerse! El uno se erguía contra el torrente de los hechos como un pedazo de antiguo granito en un abismo de los Alpes. El otro observaba el curso de las aguas y pensaba en utilizarlo. El bueno y venerable notario gemía ya al notar los irreparables estragos que estas nuevas creencias hacían en el espíritu, en las costumbres y en las ideas del vizconde Victoriano de Esgrignon.

Idolatrado por su tía y por su padre, Victoriano era un verdadero niño mimado que justificaba, por otra parte, las ilusiones paternas y maternas, y decimos maternas porque su tía era una verdadera madre para él, si bien es verdad que por tierna y previsora que sea una soltera, siempre le faltará ese no sé qué del cariño de madre. La vista penetrante de la que ha dado el ser no se adquiere nunca. Una tía tan castamente unida á su sobrino como lo estaba la señorita Armanda á Victoriano, puede amarle tanto como le amaría la madre, y ser tan atenta, tan delicada y tan indulgente como una madre; pero no será severa con los miramientos y las consideraciones de la madre, y su corazón no sentirá esos presentimientos repentinos y esas alucinaciones inquietas de las madres, porque éstas, aunque separadas materialmente de su vástago, siguen aún unidas moralmente á él y gozan con sus goces y sufren con sus penas cual si fuesen propias. Si la naturaleza ha considerado á la mujer como un terreno neutro, físicamente hablando, no le ha prohibido en ciertos casos identificarse por completo con su obra: cuando la maternidad moral va unida á la maternidad material, entonces es cuando veis esos admirables fenómenos, inexplicados más bien que inexplicables, que originan las preferencias maternas. La catástrofe de esta historia prueba, pues, una vez más esta conocida verdad: una madre es irremplazable. Una madre prevé el mal mucho tiempo antes de que una muchacha como la señorita Armanda lo admita, aun después de consumado. La una prevé el desastre; la otra lo remedía. La maternidad ficticia de una soltera implica, por otra parte, adoraciones demasiado ciegas para que pueda reprender nunca á un muchacho guapo.

La práctica de la vida y la experiencia de los negocios habían comunicado al anciano notario una desconfianza ob-

servadora y perspicaz que podía sustituir al presentimiento materno; pero el pobre hombre era tan poca cosa en aquella casa, sobre todo después de haberle ocurrido aquella especie de desgracia con motivo del matrimonio proyectado por él entre una Esgrignon y Croisier, que se había propuesto seguir ciegamente las doctrinas de la familia. Siempre soldado, firme en su puesto y dispuesto á morir, su opinión no podía ser escuchada ni aun en lo más fuerte de la tormenta, á no ser que la casualidad lo colocase, como en el Anticuario al mendigante del rey, á orillas del mar en el momento en que el lord y su hija son sorprendidos allí por la marea.

Croisier había visto la posibilidad de una horrible venganza en el contrasentido de la educación dada á este noble joven, y confiando ahogar al cordero en la leche de su madre, esta esperanza le había inspirado su resignación taciturna y aquella sonrisa de salvaje.

Tan pronto como una idea pudo entrar en el cerebro de Victoriano, le inculcaron el dogma de su supremacía. A excepción del rey, todos los señores de la tierra eran sus iguales, y debajo de la nobleza no había para él más que inferiores, gentes con las cuales no tenía nada de común, enemigos vencidos, conquistados, que le debían todos respeto, y cuyas opiniones debían serle indiferentes á un hidalgo. Movido por la lógica rigurosa que conduce á los niños á las últimas consecuencias lo mismo del bien que del mal, Victoriano extremó desgraciadamente estas opiniones, si bien es verdad que sus ventajas exteriores le confirmaron, por otra parte, en ellas. Dotado de maravillosa belleza, llegó á ser el joven más apuesto que pueda desear padre alguno de la tierra. De mediana estatura, pero bien formado, era delgado y delicado en apariencia, pero musculoso, y tenía los ojos azules y brillantes de los Esgrignon, su nariz encorvada, el óvalo perfecto de su cara, sus cabellos rubios, la blancura de su tez, su elegante paso, sus graciosas extremidades, dedos afilados y remangados y líneas perfectas y delicadas que indican la raza en los hombres, al igual que los caballos. Diestro y ágil en todos los ejercicios del cuerpo, tiraba admirablemente á pistola, manejaba las armas como un san Jorge, montaba á caballo como un paladín y halagaba en fin todas las vanidades que cifran los padres en el exterior de sus hijos, vanidades muy comprensibles y muy justas, toda vez que se basan en la excesiva ob-

influencia de la belleza. Privilegio semejante al de la nobleza, la belleza no se puede adquirir, es reconocida donde existe, vale á veces más que la fortuna y el talento, no necesita más que mostrarse para triunfar y no se le exige nada más que existir. Además de los dos grandes privilegios de la belleza y la nobleza, la casualidad había dotado á Victoriano de Esgrignon de un espíritu ardiente, de una maravillosa aptitud para comprenderlo todo, y de una gran memoria. Su instrucción había sido además perfecta, y era mucho más instruído de lo que suelen serlo los nobles de provincias, que se hacen cazadores, fumadores y propietarios muy distinguidos, pero que tratan bastante superficialmente á las ciencias y á las letras, á las artes y á la poesía, y á todos los talentos cuya superioridad les ofusca. Estos dones de la naturaleza y esta educación debían bastarle para realizar algún día las ambiciones del marqués de Esgrignon, el cual veía ya á su hijo mariscal de Francia si Victoriano quería ser militar, embajador si le tiraba la diplomacia y ministro si le agradaba la política. En fin, ¡pensamiento halagüeño para un padre! aunque el conde no hubiese sido un Esgrignon, habría sobresalido por su propio mérito. Esta feliz infancia y esta dorada adolescencia no había encontrado nunca oposición á sus deseos. Victoriano era el rey de la casa, y nadie osaba oponerse á las voluntades de aquel pequeño príncipe, el cual se hizo, como es natural, egoísta como un príncipe, entero como el cardenal más fogoso de la edad media, é impertinente y audaz, vicios estos que todo el mundo divinizaba, viendo en ellos las cualidades esenciales del noble.

El Caballero era un hombre de aquellos buenos tiempos en que los mosqueteros grises desolaban los teatros de París, apaleaban al centinela y á los húsares y hacían mil diabluras de jovenzuelo, encontrando siempre una sonrisa en los labios del rey con tal que las diabluras tuvieran gracia. Este simpático seductor, antiguo héroe de callejuela, contribuyó mucho al desgraciado desenlace de esta historia. Este amable anciano, que no encontraba nadie que le comprendiese, se consideró muy feliz al recordar aquella admirable figura de Faublas que le recordaba su juventud. Sin apreciar la diferencia de los tiempos, inició á aquella joven alma en los principios de los corridos enciclopedistas, narrándole las anécdotas del reinado de Luis XV, glorifi-

cando las costumbres de 1750, contándole las orgías de ciertas casas, las locuras hechas por las cortesanas y las jugarretas hechas á los acreedores, poniéndole de manifiesto la moral que han suministrado lo cómico de Dancourt y lo epigramático de Beaumarchais. Desgraciadamente, esta corrupción, oculta bajo una excesiva elegancia, iba adornada de un espíritu volteriano, y si el caballero iba á veces demasiado lejos, rectificaba sus ideas y les imponía como correctivo las leyes de la buena sociedad, á las que debe siempre obedecer un buen hidalgo. Pero de todos estos discursos, Victoriano sólo comprendía lo que halagaba sus pasiones y veía ante todo á su anciano padre riéndose en compañía del Caballero. Los dos ancianos consideraban el orgullo innato de un Esgrignon como una barrera bastante fuerte contra todas las cosas inconvenientes, y nadie en la casa se imaginaba que un Esgrignon pudiese permitirse cosas contrarias al honor. El honor, ese gran principio monárquico, plantado en todos los corazones de aquella familia como un faro, iluminaba las menores acciones y animaba los menores pensamientos de los Esgrignon. Esta hermosa máxima que debería haber bastado por sí sola para hacer subsistir á la nobleza: «Un Esgrignon no debe permitirse tal ó cual cosa, porque lleva un nombre cuyo porvenir es solidario del pasado», era una especie de refrán con el que el anciano marqués, la señorita Armanda, Chesnel y los concurrentes al palacio habían mecido la infancia de Victoriano, y de esta suerte, lo bueno y lo malo luchaban con fuerzas iguales en aquella alma joven.

Cuando Victoriano cumplió los diez y ocho años y se paseó por la villa, notó en el mundo exterior ligeras oposiciones con el mundo interior del palacio Esgrignon; pero no procuró siquiera indagar la causas. Las causas estaban en París, y él no sabía aún que las personas que tan atrevidos pensamientos y palabras tenían por la noche en casa de su padre, se mostraban muy circunspectas en presencia de los enemigos con quienes sus intereses les obligaban á rozarse. Su padre había conquistado su franqueza; nadie pensaba en contradecir á un anciano de setenta años, y, por otra parte, todo el mundo pasaba con gusto porque un hombre violentamente despojado permaneciese fiel al antiguo orden de cosas. Engañado por las apariencias, Victoriano se echó á las espaldas á todo el vecindario de la villa, donde no